

Las Memorias de Ultratumba de Abelardo Pithod o la Diferencia de Ser Católico

Alicia Inés Sarmiento

Universidad Católica

6

Estoy aquí, por propia elección, para presentar este curioso libro¹ de un autor bastante conocido en nuestro medio y también internacionalmente por su obra científica.

Debo aclarar que la decisión de ocuparme de esta obra la tomé hace tiempo, cuando comencé a recibir, vía Internet, estas extrañas “Visitas de Ultratumba” y pedí autorización para difundirlas. Porque lo que aquí tenemos es una obra literaria y me afirmo en mi calificación de curiosa por la naturaleza de la misma.

En efecto y como su título lo advierte: *Memorias de Ultratumba y Otros escritos*, es un libro que consta de dos partes absolutamente diversas por su formalización poética -vale decir por los dos géneros literarios diferentes reconocibles en su expresión-, no así por las temáticas desarrolladas, las que se reiteran, en más de una ocasión, en ambas partes.

Me ocuparé en primer término de la segunda parte de esta obra, los *Otros escritos*, porque constituyen probablemente las formalizaciones más conocidas de este autor, es decir, las notas breves –dos o tres páginas o pocas más-, en algunas ocasiones entregadas para su publicación en periódicos. Estas breves notas constituyen *ensayos*.

Resulta oportuno recordar que el *ensayo* es un género literario surgido en la Modernidad con Montaigne y que ha tenido a lo largo de los siglos un notable desarrollo. En el espacio hispanoparlante y particularmente en Hispanoamérica, ha sido el vehículo de transmisión de ideas, de crítica literaria y política, de diagnósticos de situación y, las más de las veces, entre nosotros, de incitación a la acción. Pienso en Alberdi y Sarmiento como un punto de arranque para continuar con una larga lista, que resultaría aquí prolijo

¹ Refiere a: Pithod, Abelardo (2013). *Visitas de ultratumba y otros ensayos*. Biocolor SRL - Argentina

enunciar, en la que la figura de Octavio Paz es un sobresaliente ejemplo. Puedo afirmar que el *ensayo* sigue teniendo en nuestros días total vigencia por el número y calidad de los autores que lo cultivan.

Así, pues, el *ensayo* es una composición en prosa, de muy diversa extensión, en la que el autor transfiere al lector una visión personalísima de cualquier aspecto de la realidad que aborde, de ahí que esta pieza se distinga de cualquier tratado o estudio, en la medida en que no presenta las pruebas exigidas al trabajo científico y que apoye, en cambio, sus asertos en la fuerza suasoria de su propia argumentación.

Los *Otros escritos* de Abelardo Pithod son en su mayoría ensayos breves aun cuando algunos tengan un desarrollo afirmado en pruebas, ejemplos y citas, con una bibliografía adjunta.

Un amplio elenco de ideas abastece estos 44 ensayos expresados en una prosa de especial claridad y ágil andadura, que es un signo del estilo de este Autor.

Sobre la base de saberes de su especialidad, particularmente la Psicología social, afirmada en una segura Antropología, el Autor despliega las variadas temáticas que tienen como centro al hombre mismo y su problemática, en este tiempo crucial. De ahí el estilo más sapiencial que puramente científico verificable en estos ensayos. Una enorme capacidad de síntesis, pues, es su *recurso* más admirable para transferir verdades sobre el hombre, tal como puede advertirse en los ensayos dedicados a “la sustancia del hombre y la vida material”; a la familia y los ataques arteros de las ideologías, la del sexo, la del divorcio; también a las formas de violencia.

No faltan en esta sección las consideraciones sobre el hombre en su espacio o tiempo concreto, en este caso, su situación en Mendoza, desarrollado en el ensayo *Mendoza, Idiosincracia y habitat*; o la del hombre en la etapa de la senectud y el problema de la memoria.

Cuando aborda alguna problemática de las patologías psíquicas, no se desentiende de la ponderación de la naturaleza y de la acción de la Gracia, ni deja de hacer las

oportunas críticas a ciertas posiciones ignorantes del peso de la determinación orgánica, tal como puede leerse en *Determinismo y libertad*.

No está ausente en este corpus ensayístico la transferencia de una experiencia personal terrible como la de haber sido testigo presencial, junto a su esposa, del ataque a las torres gemelas, apenas llegados a Nueva York.

Destaca, por otra parte, tanto el diagnóstico cuanto la crítica a la situación de nuestro país desplegado bajo varios títulos: “Psicopatología y política en la Argentina”; “Trotsky en la Argentina”; “Cuatro mil millones en el fútbol para todos”. En “Qué pasa con la Argentina” plantea su hipótesis acerca de que los argentinos podríamos padecer de *una débil identidad como grupo humano* para concluir señalando nuestro inexcusable *debito* con la Patria manifestado en el amor de misericordia, ese obligado amor de gratitud.

Si me preguntaran qué tipo de lectores puede acceder a esta parte de la obra respondería que el espectro de posibles lectores es amplísimo: los mayores, diversamente letrados, encontrarán la confirmación o deberán hacer rectificaciones respecto de su conocimiento de algunos de los temas expuestos, siempre movilizadores de nuevos saberes, pero, especialmente motivadores de las conductas.

Los más jóvenes encontrarán múltiples puertas abiertas para penetrar hacia una sabiduría de vida transmitida con generosidad, estimulante y positiva.

Me ocuparé ahora de las *Memorias de Ultratumba*. Esta parte del libro está formada por 39 piezas breves de *carácter narrativo ficcional*.

Vale recordar ahora que las ficciones no constituyen, de suyo, mentiras sino *representaciones imaginarias* que crean nuevos “mundos posibles”, al decir de los teóricos. Esos hechos que deberían o podrían haber sucedido, tal como explica el viejo Aristóteles.

Sabemos, porque lo ha enseñado Santo Tomás, que la imaginación es función de la inteligencia que, en el caso de la creación artística -literaria o plástica-, crea otros “*phantasmata*”, es decir, unas imágenes que no se orientan, en estos casos, al pensamiento

lógico. Con la imaginación se configuran las *representaciones verbales* que leemos bajo la forma de relatos, cuentos o novelas o el teatro mismo. No obstante, el carácter imaginario de la literatura remite, bien que en diversos grados, a la realidad. Cómo, si no, podríamos sentir con la lectura ese *reconocimiento* en el que, según afirma Aristóteles en su *Poética*, se funda el *placer*.

Pero hay algo más en estas *Visitas de Ultratumba*, y es el arte, ese “saber hacer” teniendo como materia el lenguaje, tarea ya ejercitada por nuestro Autor a través de una novela, *Ante las Puertas*, que precede a esta nueva creación.

Las *Visitas de Ultratumba* constituyen, como ya dije, una creación ficcional con la que el Autor se inscribe en una de las líneas más fecundas de la literatura hispanoamericana contemporánea, la del *microrrelato*.

En efecto, es dable observar en el fin del siglo XX y en lo que corre del presente, junto al incremento de la *novela histórica*, del *relato policial*, a través del cual se realiza la crítica social y política; de la *novela de la violencia*, cuyo valor fundamental se funda en el paradigma de que “la vida no vale nada”; también de la *novela sentimental*, particularmente la escrita por mujeres en las que, salvo honrosas excepciones, el paradigma se reduciría a: “la única vida que vale es mi propia vida”, unidas a la proliferación de *autobiografías*, *memorias* y *diarios*, que en su momento califiqué como “balances del fin de siglo”, es dable observar, reitero, la reaparición del relato breve o brevísimo denominado por los teóricos *microrrelato* o, curiosamente, *textículo*. Son estos textos de una extensión mínima, a veces una sola oración, como el del guatemalteco Augusto Monterroso: “Cuando despertó el dinosaurio todavía estaba allí”, a veces, de una o dos páginas, como los de nuestro autor.

Es cierto que todas las formalizaciones narrativas antes mencionadas ya existían en la producción hispanoamericana; no obstante, al ser revisitadas por los nuevos cultores configuran una flexión diferente dentro del género narrativo, en la que el signo de los tiempos -estos “tiempos de indigencia” diría nuestro Autor-, se manifiesta con lacerante claridad.

Respecto del reverdecimiento del *relato breve*, cultivado desde los orígenes de la actividad narrativa del hombre, también por Borges y Cortázar, para señalar solo algunos de los más notables antecedentes inmediatos, presenta hoy variantes no sólo de sentido sino una más notable aproximación al *fragmento*. Se entiende por *fragmento* una parte, por su extensión reducida y cortada, de un todo que, sin embargo, está ausente. No obstante esa parte es, en sí misma, un todo por su autonomía significativa.

Considero que así pueden ser leídas las *Visitas de Ultratumba*. Veámoslo en concreto.

En cada una de la *Visitas* aparece el autor ficcionalizado, que asume el relato en primera persona y nos cuenta cómo fue visitado por algunas personas reales -y en muchos casos conocidas por los posibles lectores-, que ya han muerto, con las que entabla un breve diálogo; estos personajes van desde Sócrates hasta miembros de su propia familia.

El tópico del *diálogo con los muertos* -los personajes de ultratumba-, se inserta en una rica tradición occidental, pero a diferencia de la *catábasis*, que presenta el descenso del personaje al lugar de los muertos, como en el caso de Ulises en la *Odisea*, de Eneas en la *Eneida* de Virgilio o del Dante en la *Comedia*, en este caso, el Autor-Personaje es visitado por las “benditas ánimas” y por algunas no tanto.

¿Qué hace posible la *verosimilitud* para que el lector acepte y comparta la situación? Hay siempre un *umbral* que permite el acceso al mundo en el que se produce el encuentro. En este caso es literalmente la entrada al living de la casa del Autor-Personaje, a veces súbita, a veces casi esperada, siempre sorprendente.

Por ejemplo, en la primera visita dice: “Se me presentó Sócrates, que todos saben estaba poseído por dios, llamado entonces *daimon*, y comenzó a hacerme preguntas...”. En otra cuenta: “Cuál no sería mi sorpresa cuando, la semana siguiente, golpearon a mi puerta Karl Popper y Hans J. Eysenck, no sé si decir viejos amigos míos, en realidad yo he sido amigo de sus obras”.

Me atrevería a decir que el lector acepta la situación por la *naturalidad* con que el narrador le plantea, sin más trámite, el hecho del encuentro con los seres de ultratumba.

Nada hay aquí de las sesiones espiritistas de algunos relatos de misterio, ni de seres volantes del realismo mágico; hay sí la representación del misterio real, si es que eso puede expresarse de este modo. La clave la encontramos en la visita titulada “Ánimas Benditas”:

Yo leía esa noche la carta encíclica de Benedicto XVI Spes Salvi. Allí el Papa teólogo dice cosas preciosas e inimaginables sobre los seres que nos han precedido en este mundo y que no están ya entre nosotros. Imagínense, yo, fan de los temas de ultratumba, sintonicé inmediatamente. Estando pues, en esa lectura, de pronto oigo una voz que, sin preámbulo alguno, me dice: -Sé que estas leyendo al Papa y por lo tanto ya estás bien dispuesto para saber más sobre nosotras, las ánimas benditas.

Me quedé de una pieza sin saber qué decir. -Habrás visto -continuó- qué admirable unidad, qué entrañable comunicación dice el Papa que puede haber entre ustedes y nosotras, y habrás comprobado también qué sub-utilizada (creo que así se dice ahora entre ustedes) está esa posibilidad en los tiempos que corren (que corren para ustedes, los que aún peregrinan en la tierra). Ya sé que vos fuiste devoto de las almas del purgatorio, que tus antepasados con mucho sentido teológico llamaban ánimas benditas. Lo somos, en efecto, pues ya hemos sido acogidas por Dios, estamos a la espera del Encuentro definitivo. Ya somos benditas para siempre.

Fue estupendo oír las cosas que decía. Yo tuve con esos seres desde niño una comunicación fluida; en ocasiones les pedía que me despertaran para no llegar tarde a la escuela, o que me hicieran acordar de esto o de aquello, y no sé si que me soplaran en un examen. Yo que pensaba esto y la voz del ánima que decía; es cierto tenías detalles de confianza y afecto. Pero ya más grande algunos te convencieron de que esos eran modos infantiles, y que, en rigor, nosotros no podíamos hacer nada por ustedes, los de este mundo. Fuiste perdiendo aquellas ingenuidades que a nosotros nos encantaban. (p. 27)

En este reconocimiento explícito de la *comunidad de los santos* unido a la *nostalgia*, también explícita en este mismo texto cuando el Autor-Personaje dice: “Gracias a eso el mundo se repuebla de recuerdos de los que se fueron y que ya no veo por las calles de Mendoza, las calles y los sitios en los que ya no encuentro los rostros amigos, de los ausentes que no oigo siquiera por teléfono, con los años cada día más silencioso”, en estos dos hechos -reitero-, creo encontrar la razón de la *naturalidad* con que el Autor real configura su diálogo con los seres de ultratumba.

También es posible justificar por estas causas la razón del carácter de *fragmento* de estos relatos, pues si bien cada uno de ellos presenta una unidad de sentido, el todo, ausente formalmente, remite, no obstante, por el sentido mismo, al universo del Autor-Personaje.

Y aquí es donde se observa la primera diferencia específica de esta obra respecto de las formalizaciones narrativas de las que es contemporánea, en muchas de las cuales campea un subjetivismo insoportable y excluyente. Hecho que en su momento señalé como la causa de una reducción del horizonte *pragmático*, es decir, una pérdida más de la dimensión universal de toda buena literatura.

Si bien en las *Visitas de Ultratumba*, a través de los encuentros y por la materia de los diálogos, se crea lo que podríamos llamar un *campo autobiográfico* que nos permite conocer del Autor-Personaje su formación, sus gustos literarios, los autores con los que ha polemizado, los momentos y personajes de la Historia que lo conmueven vivamente, sin embargo, el Yo que en ellas se configura no es un Yo que se mira a sí mismo y se expone a la consideración ajena, como Narciso. Apenas dice que es un profesor de provincias, jubilado, que vive en Mendoza. Esta condición docente es la que prevalece.

Así, cada *visita* concreta una apretada *lectio*, una breve enseñanza acerca de las diversas materias que aborda en el diálogo. Por ejemplo, el encuentro con Freud y Marx representa en un admirable concentrado las causas de la *forma mentis* contemporánea; en la visita de la emperatriz Zita de Borbón logra configurar la explicación de la Europa actual que rueda “de apostasía en apostasía hasta renegar oficialmente de sus raíces cristianas”; también el caso de la “experiencia de lo numinoso” en la visita de Rudof Otto y María Zambrano; o el sentido sacrificial de las víctimas de la violencia, a propósito del asesinato de su amigo Carlos Sacheri, en la Argentina de los 70. Y así con tantas otras.

Esta presentación no estaría completa si solo dejara la impresión de que esta obra se reduce a la representación de universo intelectual del Autor-Personaje como un tomista, capaz de acertados juicios históricos, políticos y sociales porque faltaría la mención de la expresión de la afectividad, presente siempre, en diverso grado, en cada una de las visitas. Así, la amistad personal con Gustave Thibon, la amistad intelectual con Oriana

Fallaci, la presencia del viejo maestro Guido Soaje Ramos, enseñando y corrigiendo y las entrañables de Alberto Falcionelli y Jorge Comadrán Ruíz. La nota más alta la encontramos en dos de las visitas cuya lectura provoca de modo intenso la conmoción del lector: *Presencias reales – El amigo asesinado*, en la que el Autor-Personaje convoca el recuerdo de su amigo Carlos Sacheri. En ella, además del relato de la muerte de Carlos por el odio a la Fe y su martirio real, la expresión del dolor se resuelve en poesía, con las palabras del poeta español Miguel Hernández:

que tenemos que hablar de muchas cosas
Compañero del alma, compañero. (p. 48)

No obstante, para los que vivimos ese “tiempo de oscuridad”, resultan aun más intensas las palabras del propio Autor escritas, según relata, la tarde del asesinato:

Carlos Alberto, hermano, tuviste la muerte merecida,
La muerte argentina de los buenos.
Ahora que estás donde querías,
Camarada huidizo, esperanos.
Hasta la muerte, hermano.
Hasta tu muerte que no nos merecemos. (p. 49)

En la visita *Navidad 2007 – En recuerdo del niño innominado*, se ficcionaliza el caso de horrible memoria del aborto de un niño por nacer en Mendoza. La representación se resuelve como el encuentro de una pequeña niña gateando por su casa, traída por la señora Hortensia, madre del Autor-Personaje. Ella le recuerda lo que él mismo escribió a propósito del hecho. Lo transcribo:

Te han muerto. Lo han hecho. No sabemos -ellos tampoco- si vos, criatura victimada, hubieras sido un bello bebé y luego una bella persona. Al fin volaste al cielo. Y agregabas: (Pero)...querida criatura innominada, no estás muerta. (p. 16)

La madre del autor concluye: “Ya no tenés que creer por fe; yo te he traído la evidencia”.

La tensión dramática de este episodio se suaviza, pero no se anula totalmente, con las reflexiones finales y los versos del poeta Charles Peguy.

Tampoco podría cerrar esta presentación si no marcara la nota más relevante de estas *Visitas de Ultratumba*, que se va adensando con un acarreo de claras expresiones hasta constituir un verdadero *campo semántico*. La condición católica del Autor-Personaje no se reduce a las representaciones y juicios surgidos de la virtud de la Fe. Por encima del agudo diagnóstico del tiempo que nos toca vivir: la decadencia de nuestra cultura cristiana, la decadencia política y cultural de la Argentina, vivida y sentida como la Patria, prevalece, en todos los casos, la Esperanza. Nada hay en estos textos de las visiones apocalípticas que nos entrega buena parte de la literatura actual, ni la construcción del *fragmento* se plantea como *término*, entendido bajo la forma del puro envejecimiento, aniquilación o muerte porque está siempre presente la visión cristiana iluminada por la Esperanza, que alejándose de cualquier optimismo bobo o conformista, se resuelve, sí, como una confianza sobrenatural en la Providencia que siempre vela sobre nuestras miserias, sobre nuestra condición de cuasi exiliados de esta casa nuestra que es la Argentina.

Reafirmo, esto es lo que marca la *diferencia* fundamental de esta obra, que se inscribe por su factura y con plenitud de derecho, en la literatura contemporánea hispanoamericana, con la que comparte la formalización de estos *microrrelatos*, realizados con maestría.

Solo me cabe decir, finalmente, que la lectura de esta obra del Autor real Abelardo Pithod vale la pena.